

NO PREGUNTES
POR ELLOS

Copyright © 2017 Félix J.Fojo

All rights reserved.

Título: No preguntes por ellos

Autor: Félix J. Fojo

Maquetación : Armando Nuviola

Correcciones: Yovana Martínez

Diseño de portada: Armando Nuviola



Todos los derechos reservados. Publicado en los Estados Unidos de América por Unos&OtrosEdiciones. Publicado en 1ra edición por Editorial Palibrio, en 2013. Prohibida la reproducción total o parcial, de este libro, sin la autorización previa del autor.

Información de Catalogación de publicaciones disponible en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

ISBN 10: 0998822248

ISBN-13: 978-0998822242

www.unosotrosculturalproject.com

felixfojo@gmail.com

infoeditorialunosotros@gmail.com

Made in USA, 2017

2da Edición

NO PREGUNTES
POR ELLOS

Félix J. Fojo

Cómo vas a reconocer a los personajes de esta historia, que no es más que una novela, si la gente de carne y hueso no se conoce bien ni a sí misma, por eso te digo que es mejor que no preguntes por ellos.

El autor

A todos los que tienen que comenzar de nuevo.

Deceive the heavens to cross the ocean (Mán tián guó hái)

Book of Qi (Anónimo) (Aproximadamente siglos IV y III ANE)

El tiempo es una tríada: el presente tal como lo experimentamos, el pasado como recuerdo presente y el futuro como una expectativa presente.

San Agustín de Hipona (354-430 NE).

1

LA HABANA, 1959

El hombre de la boina negra le explicó, con la voz pausada y lenta de un maestro, mientras se gozaban un par de robustos y pestilentes puros hechos a mano, que matar —ajusticiar suena mejor, aclaró— era, a la larga, un requisito inexcusable de supervivencia y un deber que la historia premiaría con la gratitud eterna de las masas. En pocas palabras, una tarea revolucionaria.

—Los muertos, pibe, generalmente no entorpecen las faenas de los vivos, no discuten, no joden —le dijo—. Pero, sobre todo, enseñan a los díscolos que equivocarse cuesta.

—Cuesta todo —afirmó el barbilampiño capitán con su acento de gringuito del suroeste a medio cubanizar, que tanta gracia le hacía al de la boina negra.

—Sí Herman, pero para que los difuntos sean útiles de verdad a la causa, a la causa de nosotros los revolucionarios, tienen que ser muchos y sus delitos conocidos. —Cogió aire a cantazos, haciendo un ruido raro con su pecho asmático—. Esa es la importancia de los juicios sumarios con fiscales, defensores, periodistas, fotografías y recordatorios en la televisión, que se le incruste en la mollera a la gente que defenderlos, pedir clemencia para ellos es hacerse cómplice de sus fechorías. —Aspiró el humo arrugando la nariz, como si el vapor azulado fuera un medicamento—. Y con apelaciones, aunque sean así de rápidas. —Tronó los dedos gordo y medio de la mano zurda.

Herman se caía de sueño, o mejor, de aturdimiento.

—Yes, sí... sí. —Contuvo con evidente esfuerzo un conato de bostezo.

—Batista no aprendió de ustedes, los yanquis, que inventaron los juicios de Núremberg y la cancioncita esa de acusar de criminales de guerra a los perdedores. —Tosió y escupió, volviendo la cabeza a un lado, un salivazo oscuro que trajo desde bien adentro de los maltrechos pulmones—. Los batistianos torturaban y mataban a la gente y después los negaban, o decían que murieron en combate con la policía o el ejército. —Miró la hora en el reloj de pulsera—. Fabricaban héroes y mártires, no ejemplos. ¿Entendés lo que te digo, Herman?

—Bruto el hombre, ¡*so stupid, fuck!*

Se sintió un barullo lejano: rejas abriéndose y cerrándose, candados y pestillos, órdenes en sordina, un grito aislado, ruidos ominosos de viejo presidio colonial al caer la noche.

—O ellos o nosotros, Herman, y si queremos durar, lo más recomendable es que sean ellos.

—Yes, sí, mejor ellos. —Se amasó la rodilla herida que no acababa de cicatrizar del todo, quizás por la falta de un buen tratamiento médico y descanso.

El de la boina negra volvió a mirar la esfera luminosa del reloj suizo que le había regalado el jefe, seguramente recuperado de la fortuna personal de algún político encarcelado por ladrón, o algún general del anterior gobierno en fuga.

—Ve a lo tuyo, pibe, basta de charla por hoy, en menos de una hora los boludos a tus órdenes disparan el cañonazo de las nueve.

—Sí, comandante, ya me voy.

—¿Cenaste?

—Alguna bobería. —Sonrió con desgana—. Prefiero almorzar fuerte.

—¿Flojera de estómago?, ¿pudores? —Se rio sarcás-

tico y con la boca torcida, muy a su peculiar e irónico estilo.

El capitán apoyó las manos en el banco de madera tosca, sin barnizar, y se puso de pie.

—Costumbre creo, no sé, señor.

Continuaron los murmullos, los sonidos apagados, pero ahora en aumento, en aquella enorme instalación penitenciaria que cobraba vida —vida es un decir, una ironía— justo al arribar la noche.

—¡Pendejadas, ni que fueras una vieja enclenque, pibe! —Hizo un gesto más o menos amable con la mano, que no por eso dejó de ser una orden—. ¡Andá, chico, andate ya!

El hombre de la boina negra se quedó contemplando al gringo, estrechando los ojos con visible interés, dubitativo. Era casi un niño crecido a la fuerza y viviendo una aventura que él mismo se había buscado y que lo convertiría, sin dudas, en un hombre hecho y derecho, o lo destruiría hasta convertirlo en cenizas. En fin, ya la vida diría la última palabra.

Herman caminaba ahora a buen paso, sin mirar atrás, sintiendo en el cogote la mirada imparable y dura del hombre de la boina negra. Iba cojeando levemente de la pierna derecha, pero, así y todo, con bastante agilidad. Se desplazaba hacia el bloque de galeras donde se hacinaban los centenares de reclusos que esperaban; que aguardaban por lo que los acontecimientos, los comandantes y el azar habrían de depararles, o el destino, para los que creen en él.

Iba transitando por el lúgubre pasillo, una especie de túnel excavado a picos y mandarrias en la piedra viva hacía trescientos, o quizás más años, por los negros esclavos, que levantaron aquella fortificación en una maciza elevación de rocas calizas cortantes y húmedas, desoladas y amenazadoras, justo frente a la boca de la resguardada bahía de bolsa, que se suponía debía vigi-

lar y proteger de los ataques de piratas, corsarios, filibusteros, ingleses, holandeses y otras escorias del envidioso y agresivo mundo exterior.

Del otro lado de la estrecha embocadura del canal de entrada al puerto, la ciudad bella, rutilante, abierta, limpia y llena de sol, o de estrellas. Faros de automóviles y reflejos de luces de neón, rascacielos y el soberbio malecón, vida, alegría, cervezas, ron, música, baile, sexo, y ahora discursos y trabajo. Sí, trabajo y esperanza, fe en algo no muy definido, o fe en un hombre, que sabrá muy pronto elevarse en soledad a las alturas, y también mucho de eso que llaman el futuro, una palabra vaga y enceguecedora como el siempre inalcanzable horizonte en los desiertos. En fin, una tabla a la que agarrarse en el maremoto que comenzaba a crecer y a desbordar los límites. Presente, siempre mejor que el pasado pero no tan bueno como el futuro, un espejismo que se aleja en movimiento perpetuo. Una idea de la que hablamos todo el tiempo pero que nunca podemos alcanzar. Eso tan lindo que machacaban al final de las arengas y discursos: el luminoso porvenir.

El hombre de la boina negra miró, ahora, hacia el cuadradito de cielo oscuro que permitían ver las enormes paredes grises que le rodeaban. Unos paredones manchados del verde oxidado de las hiedras que crecían desde las húmedas junturas de los bloques cuadrados de piedra, hacia arriba, hacia la luz, apuntando a un cielo que nunca alcanzarían.

Aspiró una vez más su cigarro puro y pensó que allí, en aquella puñetera ciudadela que la Revolución había puesto en su camino —y en sus incorruptibles manos—, todo era lúgubre y feo, deprimente, triste, hasta las cagadas de los pájaros viajeros que tapizaban el duro y desportillado suelo calcáreo que pisaban. Como si la esperanza se hubiera quedado del otro lado del macizo portón, donde calentaba el sol y bullía la vida.

Y era verdad, ¡carajo!, del inmenso portón para adentro reinaban las tinieblas.

Pero que importaba si él y algunos otros como él, como el americanito, le desbrozaban el camino al porvenir. Como dioses, o como el dios en el que no creía, o en el que pretendía no creer... ¡ah, claro, y al que no temía!

Allá los pelotudos remilgados, los cagones come-curas, los pibetes de flequillo y chalequito de primera comunión, allá ellos.

Otra vez, con sus ojitos afilados y tristes siguió al capitán, mientras se rascaba las ralas pelusas, no muy limpias, de la barba. Lo siguió, impertinente, hasta que el capitancito desapareció en un recodo del pasadizo.

Se escuchó entonces una estridente orden de atención, luego otra, cortante, en otra voz y otro tono más agudo y helado, si es que eso era posible. Órdenes que vinieron rebotando y rebotando en el eco de las frías y siempre goteantes paredes.

El hombre de la boina negra no pudo evitar —menos mal que estaba solo, sin testigos indiscretos— un estremecimiento.

Dejó caer al piso el cabo de tabaco, sin molestarse en apagarlo, y se marchó, andando lento y pensativo, a su espartana oficina.

Solo. Solo y voluntariosamente firme en su porfía con la vida.

2

LA HABANA, 1962

Al atropellado matrimonio —casorio le decían las viejas a ese ritual en Cuba— del capitán Herman Markis y la señorita Ana María Santana Donremí —decidido apresuradamente un par de días antes, en un arrebatado de insana pasión en la penumbra de un hotelito de paso, de esos baratos y por horas que los habaneros conocen por posadas— asistieron cuatro personas. Solo cuatro, ni uno más. Los novios, un amigo de él —un oficial retirado del Ejército Rebelde, dado de baja bruscamente por causas muy poco claras, que se desempeñaba ahora como funcionario de categoría inferior en un ministerio—, y Gretel, la hermana de Ana María, una espigada y atlética adolescente de cara hosca y corazón de oro, que se prometió no abandonar a la novia en un momento como aquel, aunque eso significara para ella más gritos, lágrimas, humillaciones y conflictos.

Ah, y el notario, un señor calvo, barrigón y patizambo, un poco grotesco pero siempre amable y sonriente, enfundado en su uniforme verdiazul de miliciano.

Los cinco, un poco atolondrados y locos por terminar, cumplieron sus respectivas partes en la veloz ceremonia. El funcionario judicial aceleró el proceso «mache-teando» la lectura del acta, Herman dio el sí, Ana María también, se intercambiaron los anillos que ya les pertenecían desde hacía mucho tiempo, Gretel y el amigo de Herman firmaron sin leer aquel papel que perfectamente podía haber sido una certificación de defunción o el recibo de la electricidad, y los contrayentes se besaron

a requerimientos del notario. Al besarse en la boca, sin lenguas, claro, se sonrojaron ambos como transgresores atrapados, y luego, santo y bueno, se estrecharon las manos y se fueron todos a sus asuntos personales. Menos el amanuense, que después de enderezar el retrato del mártir que colgaba en la pared y archivar los papeles de la boda, debía continuar con la siguiente —ese era su trabajo y el hombre era un obrero de avanzada—: un par de simpáticos ancianos rodeados de una bulliciosa corte de vecinos, amigos, hijos, nietos y biznietos.

Gretel, ya en la parada del ómnibus, abrazó a su hermana, apretado y largo, como si nunca más volviera a verla. Entonces le hizo la señal de adiós con la mano al aturdido Herman, mientras se encaramaba, levantada en peso, más bien, y empujada por un alud de gente, al autobús que la devolvería a su casa, a su madre y a su oscura vida.

Después del fusilamiento del padre de Ana y Gretel, año y medio antes, que por pura casualidad no tuvo que dirigir el capitán Herman Markis —se encontraba ingresado en un hospital militar para que le practicaran una intervención quirúrgica, con el fin de reparar su estropeada rodilla—, la familia Santana Donremí había comenzado el cenagoso y cada vez más pronunciado declive hacia el desmoronamiento y la desintegración.

El muerto —el ajusticiado enemigo del pueblo, rectificaría el de la boina negra—, Rubino Santana, exteniente coronel del ejército de la República y primer expediente de su curso en la escuela de cadetes de las fuerzas armadas constitucionales, se había opuesto a la dictadura de Fulgencio Batista, por razones éticas y morales, no por revolucionario, porque no lo era ni tenía la madera para serlo. Esa oposición, un poco ilusa y quijotesca, le había costado su rango de oficial de estado mayor y unos meses de relativamente benigna prisión militar en

una cárcel ubicada en una isla —se ha dicho y escrito que es la isla del tesoro, y andando el tiempo Fidel Castro le cambiaría el nombre por Isla de la Juventud— enclavada en un golfo bajo y de aguas turbias, al sur de la provincia de La Habana.

Al triunfar Castro, a Rubino se le había percibido como una especie de héroe del honor y la integridad, un ejemplo del militar de carrera pundonoroso, ajeno a los chanchullos y crímenes de los gobiernos anteriores. Un viejo militar al que la revolución triunfante tendía sus manos juveniles y, por eso, el antiguo teniente coronel recuperó inmediatamente su posición en el nuevo ejército, no así su grado, pues los nuevos amos no reconocían esas estrellas en una organización donde el jefe máximo se proclamaba comandante, aunque Comandante con mayúscula.

Todo marchó, más o menos bien, hasta que Rubino comenzó a permitir que se le viera el descontento, a murmurar o quizás a conspirar —otra vez— para intentar salvar la vida de varios de sus antiguos compañeros de armas, intención loable que, obviamente, no pudo alcanzar. Y es posible que también conspirara para explorar, con otros ingenuos como él, la manera de detener, de algún modo, la marea imparable del comunismo prosoviético que ya se hacía presente en todas las instituciones, organismos gubernamentales, industrias, escuelas y rincones del país, en esos turbulentos tiempos de la Guerra Fría.

Nuevamente, el indoblegable y transparente Rubino Santana ponía por delante, en todos los actos y decisiones de su vida, las puñeteras y estúpidas razones éticas y morales, como muy bien le había recriminado durante una agria discusión Ana, su mujer, quien con un olfato infalible para ventear desastres —radar de bruja, decía Gretel— andaba desesperada y aterrada ante lo inminente. Esto justo sucedió un par de días

antes de que lo detuvieran, esta vez para no regresar nunca más a su hogar y a su familia.

Para hacer corto el cuento largo, el antiguo teniente coronel fue arrestado sin la menor resistencia y en su propio despacho de la comandancia del nuevo ejército, interrogado sin mucho entusiasmo ni violencias —para qué, si no negaba nada y lo aceptaba todo— durante unos pocos días, juzgado como uno más de los «criminales» de Batista y ejecutado sumariamente por un abigarrado pelotón de fusilamiento, cinco horas después de finalizado el breve juicio, y en aquella misma fortaleza donde Herman Markis desempeñaba sus macabras funciones burocráticas, tal y como él las describía cuando estaba de ánimo para hacer bromas.

La madre y esposa, la señora Ana Donremí, una mujer elegante y de muy buen ver que iniciaba los cuarenta, amaba a su bruscamente difunto marido —hasta hace muy poco un hombre vital y en excelente forma física— con una pasión tranquila pero poderosa, que se reflejaba siempre en su rostro feliz y en sus modales de madraza firme aunque tolerante, salvo, y eso era un rasgo importante, que sintiera en la nuca la cercanía de una desgracia, esa sombra espesa de la desventura, esa ave negra del infortunio que ella podía percibir a sus espaldas, como un recién llegado inesperado.

Y así fue también el aciago día del juicio.

Casi nadie creía que a un hombre bueno y caballeroso como Rubino Santana lo fueran a ejecutar. Los optimistas esperaban que quizás le darían veinte o treinta años de prisión, o menos, pero ella, Ana Donremí, olió la muerte con su radar de bruja —Gretel nunca lo decía en presencia de ella, pero lo daba por hecho— y alertó a sus hijas con tiempo suficiente, desde la misma mañana de la detención del padre, para que se acostumbraran a la orfandad.

El hombre de la boina negra lo definió muy bien:

—Ese burgués pelotudo es tan bueno, tan bueno, tan bueno, que donde mejor está es en el Cielo acompañando al compañero San Pedro.

—¡Lo van a matar, segura estoy como que me llamo Ana Donremí! —decía la esposa besando los dedos en cruz de la mano derecha—. ¡Ni se les ocurra pensar que estos miserables van a dejar vivo a un hombre como Rubino Santana! —Nadie la había visto nunca tan desencajada y vociferante—. ¿O es que no se han dado cuenta de quiénes son los malnacidos que nos están gobernando?

Y acertó, como siempre, cuando de infortunios y desastres se trataba.

Y como era de esperar, después de aquella fatalidad sin cuento, de aquel espanto repentino, Ana Donremí jamás volvió a ser la que había sido. El odio desaforado y sin linderos al sistema, al gobierno y a los hijos de puta que la habían dejado viuda y huérfanos a sus tres hijos, le mató las apetencias de vivir, le secó el alma y le comió, en buena medida, la cordura y la razón.

Día tras día tenían que botarla casi a empellones del cementerio, donde una tumba sin nombre, con una cruccecita de palo clavada en la tierra seca y marcada con un número y una letra encima a tiza blanca, guardaba el cadáver agujereado de Rubino. Es más, existían ciertas dudas sobre cuál de las decenas de tumbas de ejecutados que había en aquella franja apartada y poco visitada del inmenso camposanto habanero, era exactamente la de su marido. Pues el día, la noche en realidad, de su ajusticiamiento —palabra clave del asunto, según el hombre de la boina negra—, no había sido el único en ser pasado por las armas. Todos los supuestos conspiradores, menos el delator, padecieron esa madrugada el escarmiento, y los enterradores, a los que todo aquel jaleo ni les iba ni les venía, no eran particularmente cuidadosos en las cuestiones relacionadas con el ordena-

miento terrenal de los que ya no moraban entre nosotros, máxime si aquellos cuerpos destrozados a balazos por seis fusiles FAL, tirados como quiera en cajones de madera sin pulir, habían sido en vida enemigos de la patria y de la Revolución, revolución que, por demás, les pagaba su salario y les daba escuelas a sus hijos.

Y para enmarañar aún más las cosas, que no bastaba con una desgracia porque nunca vienen solas, el hijo mayor de Rubino y Ana, Máximo Santana Donremí, de veintipocos años, había caído preso casi al mismo tiempo que el padre, aunque en un episodio diferente, y no por error o un delito tremebundo, sino por cándido y bocón, más bien por comemierda, según comentaron los mismos comisarios que lo metieron tras las rejas.

Máximo, estudiante de ingeniería en la Universidad de La Habana, no había tardado en unirse a una organización contrarrevolucionaria, una de tantas, que, como se sabría muchos años después, había sido creada por el propio gobierno para atraer, como el pegamento a las moscas, y neutralizar a los probables o latentes enemigos de clase. Enemigos de clase que pululaban y pulularían hasta el no muy lejano día en que triunfara, definitiva y absolutamente, el proletariado y entonces, y solo entonces, el hombre nuevo ya sería plenamente libre y no necesitaría de comisarios, jueces, cárceles ni paredones de fusilamiento, pero hasta entonces...

Lo condenaron —la declaración de dos conjurados arrepentidos fue más que suficiente— en un proceso sumario donde inexplicablemente solo se dictó, entre más de cincuenta procesados, una sentencia capital, una sola, que si no era un récord, era un muy buen *average*. A Máximo le tocaron veinte años de prisión, una bicoca, y el muchacho comenzó a cumplirlos justamente un mes después de la ejecución de su padre, y para más inri, en la misma prisión: la tétrica fortaleza colonial llamada desde siempre La Cabaña.

Fue allí, visitando a su hermano para verle dos minutos y llevarle una bolsita de lona con un par de calzoncillos, un cepillo de dientes, unas barras de dulce de guayaba, un poco de gofio y un cuarto de litro de leche condensada reenvasada en un pote de plástico, donde Ana María Santana Donremí, la hija mayor del extinto Rubino y Ana, conoció al capitán Herman Markis, mientras era prolijamente requisada por dos mujeres milicianas —requisito previo antes de poder ver y abrazar a su hermano Máximo— bajo la vigilancia de Herman, quien con rostro ceñudo y ademanes castrenses hacía cumplir estrictamente las reglas carcelarias durante el restringido horario de visitas familiares a los presos.

Fue amor a primera vista, o una apabullante atracción mutua, o las aún desconocidas endorfinas, o un capricho compartido, pero lo que sea que haya sido, fue, ¡y de qué manera!, inocultable, evidente, hasta romántico —palabreja puesta en desuso y ridiculizada por la nueva ideología— y bonito, muy bonito.

Y fue, también, claro que sí, un cataclismo.

Un superlativo cataclismo.

3

PLAYA GUANABO, 1963

Ana Donremí, inesperadamente, salió un día de su sombrío pasmo para dejar bien clara su posición ante las veladas insinuaciones de emigrar de la isla.

Fue tajante e inapelable: mientras su hijo estuviera encerrado en una prisión y su marido en una fosa de aquel país de viles sabandijas, ella no se movería de allí, ¡pasara lo que pasara! Podían irse todos al exilio, al diablo, adonde les diera la gana, que ella acompañaría hasta el final, como una sombra, como un ánima en pena, a los carceleros y los sepultureros que rondaban todo el tiempo a los dos hombres de su vida.

—¡Váyanse, váyanse todos al carajo y déjenme en paz con mi calvario!

Pegó con el puño cerrado en la pared y, mientras se daba vuelta para regresar a su habitación y a su mundo de tinieblas, reafirmó con una voz ronca que nadie le había escuchado antes: ¡Y que nadie se atreva nunca más a mencionar semejante cosa!

Y cerró la puerta con un golpe que derribó cuadros y adornos en varios pies a la redonda.

Poco más se le oyó decir de ese momento en adelante.

Visitar a Máximo en la cárcel alguna que otra vez — las visitas se espaciaban más y más a causa de la posición rebelde del preso ante una forma institucional de doblegarse ante las autoridades a la que llamaban reeducación— y sentarse en una sillita de lona a vigilar la tumba de su marido y charlar con él en voz muy baja, casi cada día, fueron las únicas ocupaciones conocidas

de la viuda, que terminaron por convertirla en una figura espectral, habitual para los empleados y los pocos visitantes eventuales de la vasta necrópolis.

Solo cuando tocaba una visita a su hijo, Ana Donremí desataba una frenética actividad en la cocina, preparando platos y cazuelas de sabrosas comidas —agenciadas en la calle con mil y un sudores y sobresaltos por el trabajo de hormiga de Gretel—, la mayoría de las cuales serían decomisadas, examinadas cuidadosamente, tiradas a la basura o devoradas por los propios guardias de la prisión, hartos del sempiterno rancho de arroz blanco, judías y carne rusa enlatada que les brindaba generosamente la Revolución.

La mujer comía frugalmente o no comía, dormía muy poco y a retazos, rezaba en soledad o quizás se comunicaba con el espíritu de Rubino, ¡vaya usted a saber!, sostenida por la ayuda de Gretel, una chica de mirada hosca y corazón de oro, y la única persona en aquella casa con una entrada de dinero pequeña, pero relativamente estable, que era un aporte muy modesto, por cierto, dada la carencia de trabajos bien remunerados para ciudadanos tan marcados por la situación política de la isla, o como se decía por aquellos tiempos, no integrados al proceso revolucionario.

Gretel, a sus dieciocho años, cargaba —sin permitir que nadie columbrara sus amarguras ni sus miedos— con el agobio del mundo, de su mundo hecho añicos, pero pesado como una enorme bolsa de escombros que le hubiera caído de pronto a la espalda.

Repasaba matemáticas, inglés, química, física, caligrafía o lo que fuera, a niños de escuelas privadas que aun sobrevivían en el entorno, pero ya muy cerca de ser absorbidas por el sistema educacional gubernamental; transcribía, con su buena letra, documentos y cartas, cuidaba párvulos, en fin, se buscaba la vida de ella y la de su madre, y en cierta forma y no en la magnitud que

ella quisiera, la de su hermano encarcelado.

Algunos familiares y unos pocos viejos amigos, cada vez menos porque se iban marchando, sin pausa, de la isla, daban una mano, le «prestaban» unos pesos, compraban alguna pequeña factura de alimentos para ella y su madre o le pasaban ropas usadas, pero en buenas condiciones. Todo esto con mucho disimulo, eso sí, guardando siempre las distancias para no comprometerse.

La sentencia filosófica —filosofía guerrillera del hombre de la boina negra—: «los muertos enseñan a los vivos que equivocarse cuesta», estaba demostrando su funcionabilidad y su eficacia a pasos muy rápidos, haciendo de la amistad, delito, y de la compasión, mofa. «Tirar una toalla», esa vieja fórmula retórica cubana que explicaba el por qué hasta a los más perversos rivales se les daba de vez en cuando la mano, se iba desactualizando a ojos vistas.

Ana María, la señora del capitán Markis, también colaboraba, pero en el más absoluto secreto. Solo Gretel se veía con ella alguna que otra vez, quizás una o dos veces por mes, en parques solitarios y cafeterías poco concurridas. Las dos mujeres, como hojitas al viento, muertas de miedo, conteniendo a duras penas las enormes ganas de estrecharse en un abrazo y llorar hasta secarse, cogidas ambas en el fuego cruzado del repudio llevado a los extremos de Ana Donremí a su hija: «¡La que fue mi hija y de la que no quiero saber nada, nada en absoluto, la puta, la reputa que fue capaz de acostarse y revolcarse con el asesino de su padre y el carcelero de su hermano!». Y, sobre todo, las cada vez más crecientes dificultades de Markis para mantenerse dentro de las filas del ejército —el único hogar que había conocido en esa islita caribeña hasta la casi milagrosa aparición de Ana María— después de haberse casado con la hija y la hermana, todo en uno, de un par de enemigos mortales de los obreros y la patria.

Ya Herman no charlaba ni veía nunca al hombre de la boina negra, ahora ministro y todopoderoso hacedor de definitorios discursos internacionales y radicales políticas económicas. Sus compañeros de la guerrilla habían ascendido a cargos muy superiores cerrados a cal y canto para él, o habían descendido a los infiernos de la prisión, la muerte violenta o el anonimato. Y quizás lo peor: ser norteamericano había dejado de tener la popularidad y el *glamour* de los primeros tiempos, para convertirse en una fuente de sospechas, tal y como le dijo un día un joven teniente de milicias, un mulatito servicial y muy disciplinado que lo confundió con un instructor ruso:

—Como todo el mundo sabe, camarada capitán, ustedes los soviéticos son nuestros hermanos, a diferencia de los gringos, que son todos unos capitalistas explotadores, racistas y agentes de la CIA.

Pensó explicarle la verdad al muchacho, pero prefirió callarse y dejar pasar aquello, ¿para qué menear más lo que no tenía remedio?

La hermosa aventura rebelde, revolucionaria, gloriosa y resplandeciente había terminado para el capitán Herman Markis, hacía ya un buen tiempo. La juvenil y solidaria idea de ayudar a liberar a un pueblo de un dictador; convertirse, para aquella isla bonita y risueña, oprimida por un general de melodrama, en algo así como un Lafayette o un Pulaski, se había transformado en el rastrero día a día de la sobrevivencia y la sospecha. Su verdad aventurera y noble le había servido para mirar con orgullo hacia el futuro; sus mentiras le estaban siendo ahora más o menos útiles para esconder su pasado y su verdadero yo, no con los de arriba que lo conocían de sobra, sino con los subalternos, que mejor era que ni le conocieran.

Ya no ejercía su viejo oficio burocrático en aquella fortaleza de vampiros —entre los que lamentablemente él

había sido quizás el de los colmillos más largos— y ahora daba clases de instrucción de infantería a reclutas de todo el país, que se incorporaban al nuevo servicio militar, y en lo posible trataba de ocultar su verdadera nacionalidad, pero el sentido común le decía que aquella farsa no iba a durar mucho.

Es más, su presencia física en aquel ejército que día a día se iba conformando con oficiales formados en escuelas militares de países de Europa Oriental, comenzaba a resultar anacrónica, extraña, casi inverosímil. Se le ocurrió, un día, que semejaba un indio con plumas, arco y flechas y caballo sin montura en una película de gladiadores romanos, y eso no duraría.

Una tarde, Herman se encontró con Pardito, un guajiro recio y jodedor con quien había compartido el frío de las madrugadas y las gallinas —sopas con plumas les llamaban— que supuestamente morían de enfermedad en los ya tan lejanos tiempos de la guerrilla heroica y la hermandad tribal de compañeros de armas, y que ahora era todo un comandante de tropas blindadas: el comandante Pardo.

Pardo, después de estrecharle la mano con la firmeza de un tanquista, le espetó sin circunloquios:

—¡Pero americano! ¿Todavía tú estás por estas tierras, chico? ¡Tienes que haberte enamorado como un loco de alguna hembra de por acá, carajo! —Y poniéndole una manaza en el hombro le dejó caer, con una de esas sonrisas socarronas que saben mostrar los campesinos cubanos para brindarte un consejo sin demostrarlo—: Yo te hacía en el Norte, ¡verraco que eres, tú que puedes vivir allá y no lo haces!, ¡es verdad que Dios le da barbas a quien no tiene quijada!

Por eso, un domingo de sol esplendoroso y brisa leve se llevó a su mujer a la playa de Guanabo, en las afueras de La Habana, y mientras la acariciaba con ternura, metidos hasta el pecho en el agua tibia del Estrecho de

La Florida y lo más lejos posible de otros seres humanos, le soltó de sopetón:

—Ana María, escúchame bien, nos vamos a ir de aquí como sea, para que nuestros hijos, esos que estamos evitando ahora, nazcan en un lugar decente.

Ella trató de mirarlo y el sol de frente le hizo cerrar los ojos, lo que incrementó el par de hilillos de lágrimas que vendrían detrás.

—Yo me voy, Herman, a donde tú me lleves, a donde tú quieras ir, a donde sea. —No solo había resolución en sus palabras, sino, incluso, un alivio inmenso—. ¿Pero qué hacemos, mi amor, con mi hermana y con mi madre?

Desde la arena tibia y suave, les llegaba el murmullo lejano de un radio de baterías con twist, The Four Seasons, Elvis, The Beach Boys, Frankie Avalon, no sabría decir. Los cubanos amaban la música norteamericana casi tanto como la suya, y aprovechaban las playas y cierta soledad para escuchar emisoras floridanas abolidas y perseguidas en el país.

Herman le pasó los dedos de ambas manos por la cara y estuvo a punto de echarse también a llorar, quizás del desahogo por haber tomado al fin aquella decisión y un poco de la impotencia ante lo que sabía inevitable.

—Nos llevamos a tu hermana con nosotros.

Ana sonrió con una vasta y cansada amargura.

—Gretel no se va a ir nunca, Herman. —Puso sus manos en los fibrosos hombros de él—. Jamás va a abandonar a mi madre y a mi hermano.

El guardó silencio por unos largos segundos. Sumamente largos. Respiró profundo.

La música se hizo más audible con un cambio de rumbo de la brisa, eran los Zafiros, un grupo cubano muy bueno que imitaba a los Platters.

—Has oído hablar del comandante Morgan.

Ella asintió con una tristeza que él jamás le había visto antes.

—Yo dirigí su ejecución. —Se enjuagó la boca con agua de mar y escupió—. Un americano escogido para asesinar a otro americano, y lo hice, ¿lo comprendes?

Volvió a asentir con la cabeza, hizo un puchero y se apretó más a él.

—Por sentido del deber, por miedo, por estúpido, porque me lo ordenó mi jefe, por pendejo, por cobarde, por maricón, por lo que fuera, pero ya no hay remedio, Ana, y entonces, como un cañonazo, entraste tú en mi vida.

Ella apretó su frente contra la de él, que ahora sí estaba llorando.

—¿Qué tiempo crees que tardarán en liquidarme?

La abrazó fuerte y, como siempre que lo hacía, sintió aquella placentera y rápida erección que ninguna otra mujer le provocaba.

La música se hizo ahora más tenue, lejana.

Quizás más dulce.

—En liquidarme no, Ana María, en liquidarnos a los dos, en eliminarnos para que no quede ni el recuerdo de esa acción. —Le estaba susurrando al oído, aunque no había nadie en más de cincuenta o sesenta metros a la redonda, solo el suave, tibio y relajante movimiento de las olas rizadas por el viento—. A los dos, Ana María, a los dos.

La apretó hasta hacerle daño.

—Lo sé, siempre lo supe. —Le arañó superficialmente la espalda con las uñas.

—Quitándonos de en medio nos hacen invisibles, como si no hubiéramos existido nunca. —Le dio un beso volado, compulsivo—. Pero si algún día les hace falta, entonces dirán que los americanos se mataron entre ellos, ¿lo comprendes?

Ella asintió casi imperceptiblemente.

La música desapareció y el rumor del agua quedó como el único sonido cuando el dueño del radio de baterías se alejó caminando por la arena.

No preguntes por ellos

—Hace tiempo que estamos de más aquí, Ana.

—¿Y entonces qué va a ser de ellas?

—Veré que puedo hacer, Ana.

—¿Podrás?

—Ya veremos Ana, ya veremos.

4

KEY WEST, 1963

Mi nombre es Rafael, capitán Markis. —Dejó que el tiempo flotara unos segundos, como especifican los manuales, pero a él le salía natural—. ¿Cómo se las arregló para llegar hasta aquí?

—Creo que lo sabe. —Lo dijo sin ironía—. Robamos un bote con motor entre cuatro exoficiales del ejército cubano. —Abrió las manos en un gesto de franqueza—. Nos lo llevamos de una cooperativa pesquera que está en un lugar llamado Puerto Esperanza, un pueblito de pescadores al norte de la provincia de Pinar del Río, lo más cerca que pudimos encontrar de La Florida.

Rafael, un cubano inconfundible y obviamente oficial de algún servicio de inteligencia norteamericano, pareció asentir con la cabeza.

—En realidad, tres exoficiales, capitán, pues usted seguía en activo.

—Es verdad, aunque no creo que lo siga siendo ahora mismo.

El cubano pasó por alto el comentario.

—¿Cómo se pusieron de acuerdo entre ustedes?, teniendo en cuenta el control de la seguridad de allá y el temor a las posibles delaciones.

Herman se tomó su tiempo para responder.

—Entiendo las dudas que usted puede tener, señor. —Herman discernía perfectamente que estaba hablando con un profesional.

—Olvídese de mis dudas, capitán, es una pregunta que se cae de la mata, ¿no?

—Todos, los cuatro, peleamos duro contra Batista y nos hicimos amigos en los tiempos en que la amistad valía, después nos fueron pasando cosas, a todos, cosas desagradables que nos decepcionaron de aquello. —Herman movió la cabeza en una ligera negación—. Llegamos a la misma conclusión por caminos diferentes, y al llegar ahí, ¿qué otra cosa puede hacerse?

El cubano prendió, con bastante lentitud, un cigarrillo sin filtro y le ofreció otro a Herman. Se inclinó hacia delante y le dio fuego con un encendedor color amarillo canario, barato, de esos que se compran en las estaciones de gasolina.

—Lindas palabras, capitán, pero no contestan mi pregunta.

—O confiábamos o se acababa todo. —Miró fijamente al interrogador cubano—. Yo puse la condición de llevar con nosotros a nuestras mujeres, y en el caso de uno de ellos, divorciado, a su hijo. —Se echó también hacia delante en la silla—. Si la cosa se ponía mala, nos moríamos todos, pues está claro que no estaríamos desarmados, y el que más y el que menos se las ha visto feas en alguna ocasión y sabe usar los hierros, las armas de fuego, así les dicen en Cuba.

—Lo sé, lo sé.

Rafael aspiró con satisfacción el picante humo de su cigarrillo y sonrió mientras lo dejaba escapar por la nariz envolviéndose en una nube blanca y breve.

Manoteó para terminar de disipar el humo.

—Es una buena explicación, aunque deja fuera todo el proceso anterior al robo de la lancha y la fuga, que bien mirado, no era tan difícil para cuatro hombres uniformados y muy bien armados, como usted me explica.

—Solo uno de nosotros cuatro, el exteniente Avilés, conocía con exactitud el lugar. —Herman movió la cabeza afirmativamente—. Aunque reconozco que todos nos imaginábamos que sería por allí, dado que Avilés era

el jefe de esa cooperativa, ellos le llaman delegado, de pescadores.

El cubano tiró la ceniza de su cigarrillo al suelo con un gesto indiferente, aunque buscó con la vista por la fea y despoblada habitación un cenicero que no halló.

—Yo no dudo de ustedes, capitán, yo también tuve algo que ver, alguna vez, con la lucha contra Batista, pero esa es una historia muy antigua que no viene al caso. —Levantó un dedo—. Pero quiero que me comprenda. —Su sonrisa y sus gestos eran amables, casi condescendientes—. Mi trabajo es preguntar, y sí, es cierto, a veces incluso dudar. —Se puso de pie con movimientos pausados—. Cuatro capitanes y tenientes de un golpe es algo bastante fuera de lo común, aún para un país donde hay tantos jefes y donde tanta gente quiere irse.

Herman se encogió de hombros.

—Lo entiendo, señor, pero no podíamos detenernos en esas consideraciones cuando estábamos del otro lado del Estrecho. —Sonrió con picardía—. Digamos que del lado más difícil.

El cubano afirmó con la cabeza y dio algunos pasos por la pequeña estancia de la base militar de Boca Chica, adonde los habían trasladado después de que un guardacostas norteamericano los rescatara a unas pocas millas de Dry Tortugas, al oeste de Key West.

—¿Cómo los han tratado? —Quizás solo estaba haciendo tiempo, pero había calidez en sus palabras.

—Muy bien.

—¿Las señoras y el muchacho están bien?

—Creo que sí, aunque hace varias horas que no veo a mi mujer.

—Ella está bien, capitán, y puedo asegurarle que ni tan siquiera ha sido interrogada. —Prendió un nuevo cigarrillo y exhaló con calma el humo—. Ni lo será, por lo menos por ahora.

No preguntes por ellos

—Se lo agradezco.

Pareció cavilar por un minuto, aunque para Herman era obvio que lo que fueran a hacer ya estaba decidido de antemano.

—Hagamos una cosa, Markis. —Usó su apellido con un cierto retintín admonitorio, o quizás no, era solo la paranoia de Herman funcionando—. Los llevaremos a algún lugar cómodo de Miami donde puedan alojarse con sus esposas y reponerse un poco del viaje.

—Creo que está siendo irónico, señor, el viaje no llegó ni a dieciocho horas.

—Perdone, capitán, de ninguna manera quise ser irónico, pensaba más en la tensión de los días previos y, sobre todo, pensaba en los que no son militares... —Se le notaba sincero—. Como le decía, iremos a Miami y allí tendremos tiempo suficiente para conversar y pensar en el futuro, salvo... —Lo miró interrogativamente—. Salvo que usted tenga alguna otra idea en la cabeza.

El cubano tomó asiento de nuevo.

—No, no, señor, estamos a la disposición de usted, o de ustedes.

El cubano sonrió picado.

—Mejor, mejor así.

—Mi esposa no tiene familiares en los Estados Unidos, y los míos... —Herman miró al suelo—. No sé bien por donde andan.

—Ya los encontrará, si los busca, claro. —Rafael se rascó detrás de la oreja izquierda—. Todo a su tiempo.

—Sí, puede ser. —El capitán Markis hizo un gesto de indiferencia, uno más.

—Okey, de acuerdo entonces. —El interrogador se frotó las manos como si las tuviera húmedas—. Pero por ahora, Markis, no filtraremos nada de esta deserción, casi en masa, a la prensa. —Puso el dedo índice, verticalmente, frente a la boca en un gesto de silencio—. La discreción nos viene bien a todos, por lo menos en este momento.

—No problema. —Markis se rio de la forma en que lo dijo—. Nuestra intención era dejar aquello atrás, no armar escándalos de ningún tipo, por lo menos en mi caso y en el de mi mujer.

El cubano se rio también.

—¡Markis, su caso es un poco especial, usted es un ciudadano de los Estados Unidos! ¿Me comprende?

—Claro que lo comprendo, señor Rafael.

Rafael se puso de pie.

—Venga conmigo, Markis, está bueno de tanta charla, vamos a que se reúna con su esposa, ¿no le parece?

—Claro que sí, señor, se lo agradezco.

—Después ya veremos cuáles son sus prioridades y cuáles son las nuestras. —Rafael le abrió la puerta con cortesía, pero sin afectación—. A lo mejor concuerdan.

Herman salió al pasillo seguido de cerca por Rafael.

—¿Por qué no, señor?

Caminaron por un pasillo algo estrecho hacia la salida al exterior.

—Vamos, que la tranquilidad de ella es lo que importa ahora.

—De verdad, le estoy agradecido, señor —reafirmó Herman.

—No problema, Markis. —Ambos se rieron de la ocurrencia—. ¿No estamos en el mismo bando?

Anochea.

